

Don Miguel: evocaciones

Joseph Hodara*

En la mitad de junio recibí en Jerusalén una carta escrita de puño y letra por don Miguel. Letra pulcra y apretada que conocí en las dos últimas décadas, en una correspondencia regular y afectuosa. En ésta, que sería la última, me decía con pena y premonición: "me asesinarán después de mi muerte".

La frase me estremeció. En un rápido torbellino de ideas recordé a Walter Benjamin quien, al referirse al régimen nazi, escribió: "Aquí y ahora ni los muertos se sienten seguros." Retorné al presente y me empeñé en adivinar qué solapaba esta expresión de don Miguel. ¿La percepción de la muerte cercana? ¿Las ambivalentes actitudes del entorno que su término vital gustaría? ¿Paranoia e inseguridad? ¿Convicción de que sería castigado *post mortem* por su voz sardónica, por su lacerante reflexión, por los agravios que cometió, por sus exasperantes cuestionamientos de posturas y teorías glorificadas? ¿Por su memoria enojosamente puntual?

Algo más me decía en la carta: "Amigo, por aquí nadie lee. América Latina se convierte en una Siberia intelectual. Hace una década, conocía a veinte personas enteradas del mundo en este mundo. Ahora quedamos cuatro o cinco. . ." ¿Vanidad de don Miguel? ¿O señalamiento hiperbólico de un hecho inconvencible?

Durante 20 años, don Miguel fue uno de mis atentos interlocutores. Lo vi en las buenas y en las malas, en los momentos de creación y en los de angustia. Y cuando coincidíamos en los paréntesis de nuestros múltiples viajes, sosteníamos diálogos animados en los que jamás se entregaba completamente. Sentía don Miguel un horror a la entrega total; le temía. Temía perder sus controles internos, de ordinario bien regulados. Intuyo que se educó en un medio hostil y que la hostilidad —propia y ajena— le acompañó hasta la tumba, y acaso después.

Primer recodo

Conocí tres arcos de su vida: cuando yo trabajaba en la CEPAL y él asesoraba al Banco de México, a secretarios de Estado y a revistas económicas especializadas. Fue en la calle de Hamburgo el primer encuentro. Abril de 1970. Yo salía de los vetustos edificios de la CEPAL y allí estaba, conversando gravemente con David Ibarra. David me presentó y don Miguel arqueó las cejas pobladas susurrando un murmullo que apenas escuché. Desde entonces empezamos a intercambiar textos, ideas, comentarios. Y desde entonces percibí un escepticismo lacerante por las labores cepalinas. Pero a mí, por razones que ignoro, me hizo una salvedad. Recibía mis escritos; reaccionaba por teléfono, y me invitaba a su casa donde aullaban perros amenazadores. Don Miguel parecía solazarse con los colmillos blancos y salientes de estos mastines. Ordenaba retirarlos para que yo entrara a su despacho sin miedo. Y con voz lenta, cansina siempre, me propinaba sus reservas a lo que había escrito sobre algún problema me-

* Catedrático de la Universidad de Bar Ilán, Israel, e investigador asociado de El Colegio de México.

xicano, sobre la evolución tecnológica, sobre el futuro de la UNAM.

En los setenta don Miguel ingresó al flamante Conacyt para esbozar los primeros planes nacionales de ciencia y tecnología, usando la libertad que Gerardo Bueno —su Director entonces— buenamente le ofrecía. Cada vez que concluía algún capítulo de las versiones "blancas", "azules" y "verdes" del Plan Indicativo Nacional del Conacyt, don Miguel me las remitía "a título confidencial". En aquel período yo dirigía la Unidad de Ciencia y Tecnología de la CEPAL. Pero no por este membrete don Miguel me obsequiaba el privilegio de sus cuartillas. Sabía de mi adicción a la lectura y a la crítica y de mi discreto conocimiento sobre estas materias; y no le aterrorizaban mis atributos. "Desde la guerra contra los alemanes perdí el miedo", me decía con autosatisfacción. Confieso que jamás le creí completamente. Entre Insurgentes Sur y Hamburgo, el Plan se fue incubando. Pero la palabra final era emitida siempre por don Miguel y sus colaboradores.

Cuando se aproximó la Conferencia de las Naciones Unidas para la Ciencia, la Tecnología y el Desarrollo (Viena, 1979), yo debí preparar los documentos regionales en el marco y con las restricciones de la CEPAL. Don Miguel conocía mis borradores y me abrió nuevas rutas de reflexión. Conmigo jamás practicó la sorna, la observación hiriente; pero otros fueron blanco lastimoso de ellas. No sé el origen ni la selectividad de su saña. Notaba en ella desprecio, soberbia intelectual; pero también desesperación por lo que juzgaba "la barbarie de los mediocres". No sé si don Miguel tuvo paciencia con sus perros; pero sé que tuvo paciencia con pocas personas.

Pero una prenda lo redimía de sus malévolas debilidades: su juiciosa erudición. Lo recuerdo en variados foros nacionales e internacionales: todos discutíamos la agenda, desviándonos ligeramente de lo previsible, hasta que don Miguel tomaba el micrófono: con evidencias, con el razonamiento tenaz, con la voz bien articulada, sacudía el paradigma del debate. Después de él, las deliberaciones tomaban un rumbo más creativo. Y don Miguel sonreía. Sonrisa que pocos le perdonaron.

En vísperas de la Conferencia Mundial, cuando yo renunciaba a la CEPAL, me dijo: "Joseph: no va a pasar nada. Es otra conferencia. Otra más. Otro rito de la tecnoburocracia internacional." Sus palabras me irritaron: todavía creía en la honestidad de las declaraciones de expertos y organismos. Con el tiempo me avisé. Y de nuevo percibí la desesperación de don Miguel: "sin la ciencia y la tecnología no hay desarrollo de largo plazo. No hay nada. Sólo tinieblas medievales. Pero nadie me hace caso."

Segundo recodo

Cuando renuncié a la CEPAL decidí consagrarme a los problemas mexicanos; debí pescatar mi espíritu académico y crítico. Víctor L. Urquidí me ayudó con su amistad personal y con la afiliación a El Colegio de México. Y en mis andares encontré de nuevo a don Miguel, todavía en el Conacyt pero inseguro so-

bre su porvenir personal. Se acercaba el término de un sexenio mexicano, con sus dislocaciones y desplazamientos previsibles.

Al despuntar el nuevo, y después de un disgusto mayor con la institución donde incubó ideas y planes sobre la tecnología, las inversiones extranjeras, las nuevas oportunidades que se gestaban en la Cuenca del Pacífico, la integración regional, lo vi en los corredores laberínticos de El Colegio de México.

En aquella oportunidad alimentaba y difundía su acentuado interés en el desarrollo tecnológico de México, uno de los temas donde dejó indeleble marca. Siempre pensó que una industrialización sin cambios técnicos no puede ir lejos; se agotará tarde o temprano. El tiempo le daría la razón. Podría añadirse que *cualquier* estilo de desarrollo, ausente de innovaciones y de aprendizaje tecnológico, carece de viabilidad en el largo plazo.

Paulatinamente, don Miguel mudó preocupaciones, o mejor dicho, ángulos de una similar inquietud. Empezó a interesarle vivamente la evolución de los energéticos en México y en el mundo. Pemex le concedió generoso apoyo confiando, con buenas bases, en la flexible y considerable capacidad de trabajo de don Miguel. En pocos años, su producción intelectual y el número de seminarios internacionales que organizó sobre este asunto superaron todas las expectativas. El prestigio de El Colegio de México se multiplicó con sus aportes. Por este talento debió pagar inevitablemente el impuesto de la envidia y la agresión personal.

Una clara mañana me sorprendió. Fui a su cubículo en El Colegio y allí me habló, con nostalgia, de sus años jóvenes de la Polonia en guerra. También de su afición al ajedrez. Sus confesiones me encandilaron.

La mención a los trebejos me estremeció en especial, pues en mis tiempos adolescentes ellos fueron, para mí, una adicción, de la cual trabajosamente me liberé. Interesante: nunca nos enfrentamos en el tablero, ni en la vida. ¿Casualidad?

Otro tema surgió: Israel. "Me acusan de antisemita —me dijo—, pero no es verdad. Sólo censura las políticas fascistoides del gobierno de Beguin, y, en general, el ingreso de Israel al comercio de armas. Creo que es el suicidio moral y cultural del judaísmo." Le creí. Personalmente, yo también veía con indignación estas tendencias pero traté de excusarlas apelando al trauma del Holocausto. Los israelíes ya no glorifican ni el sufrimiento ni el suicidio, y han oscilado al otro extremo: defender a su único país con todos los recursos, sin salvedad. Tal vez don Miguel captó esta dinámica cruel del Holocausto nazi y la hiperreacción de sus víctimas. Pero mantuvo su actitud crítica. La respeté.

Tercer recodo

Cada vez que llegaba a México y a El Colegio yo le llamaba para saber en dónde andaba. Generalmente, las secretarías me informaban: Tokio, Viena, Nueva York, Buenos Aires. Don Miguel fue un tenaz viajero, y a las pocas horas de aterrizar en el escarpado Distrito Federal se hacía presente en El Colegio. Esta vitalidad siempre me abrumó.

Cuando podíamos, lo llevaba en mi viejo pero fiel Volkswagen "al mejor restaurante indio del mundo", junto al Bazar del Sábado. Allí nos dábamos lujos peregrinos: discutíamos a Gibbon, a Keynes, a Polibio, o en torno a la Escuela Epistemológica de Varsovia de los años treinta. En una ocasión escuchó, con rara fascinación, la entrevista que yo le hiciera a Haya de la Torre en

1965, en Lima. El peruano me citó a las tres de la madrugada, y nos amanecimos con una botella de coñac casi vacía después de una intensa plática sobre el APRA, sobre su estilo de liderazgo, sus contactos con Einstein y su resentimiento contra don Raúl Prebisch por "haberle quitado ideas". En aquellas circunstancias, el jefe aprista estaba molesto por el exilio que el Gobierno de su país había dispuesto contra un allegado suyo. Rezumaba dolor, rabia y orfandad. Y me extendí con don Miguel en otros detalles de esta entrevista que no es de momento oportuno revelar.

Don Miguel era un lector insaciable, obcecado, adicto. Y tenía la debilidad de despreciar a los que carecían de esta adicción. No debe sorprender entonces que su entorno jamás le expresara honestos signos de reconocimiento. Al contrario.

Después de nuestras pláticas extravagantes —porque surcaban la historia conocida y adivinada— lo llevaba a su casa en el Pedregal. A veces me invitaba a entrar "para un café". Ponía música clásica, y la conversación retomaba hilos. De vez en cuando entraba alguna muchacha que vivía con don Miguel. Conocí varias, de variadas extracciones y orígenes. Confieso que en los momentos en que alguna joven entraba en la sala, sentía la mirada vigilante, acaso insegura, de don Miguel. ¿Celos? ¿Azoro? No sé. Sólo sé de mi inocencia torpe.

Cuando empecé a resumir datos y documentos con vistas a efectuar un estudio sobre el pensamiento de Raúl Prebisch y la trayectoria institucional de la CEPAL —con el aliento persistente de Víctor L. Urquidí—, don Miguel consideró mi empeño con desdén. Le parecía una inversión inútil de energía. Sin embargo, me acompañó con su curiosidad los cuatro años que consagré con pasión a esta labor. Se la debía —y la dediqué— a Prebisch, quien siempre ofreció afecto y tolerancia a mis exaltados señalamientos sobre el desarrollo latinoamericano.

Cuando la concluí y el trabajo se convirtió en libro, acudí a don Miguel para solicitarle nombres de personas que podrían interesarse en el texto. Jamás olvidaré esta escena. Me dijo: "Joseph, en América Latina hay quince personas que leen con avidez, aparte de Urquidí, usted y yo. Pero su libro tiene dos defectos: es excesivamente erudito y está demasiado bien escrito. Por tanto, lo leerán ocho. Aquí están los nombres. . ." Sus palabras me parecieron desmesuradas. Y en efecto, don Miguel se equivocó: dos de las ocho me anunciaron recibo de la obra, y una la leyó. Por supuesto, sólo ha transcurrido un año desde su publicación; tal vez dentro de cinco, el acierto favorezca a don Miguel.

En suma: desde sus trabajos modestos pero crecientes en el Banco de México, como asesor y redactor de discursos de secretarías de Estado, en el Conacyt y en El Colegio de México, don Miguel fue dejando aportes, ideas perspicaces, provocaciones útiles, pero también celos, rencores y odio. Aceptando su sinuoso trayecto y su escabrosa formalidad, aceptó también que a su muerte lo asesinaran con el olvido y la maliciosa indiferencia. Pero ya muerto, hay que rechazar su anticipación, pues legó un balance de prendas y afanes que lo redimen. Acaso algún día, alguna institución descubra una placa en su memoria o ponga su nombre a una sala de seminarios, donde su lucidez invariablemente alcanzaba alturas improbables. De momento le dedico estas líneas, sin rebajar sus fealdades pero también sin olvidar sus virtudes que el tiempo resaltará. Don Miguel era un hombre de carne y hueso, vulnerable como todos. Como tal perteneció a una especie que se extingue: la del intelectual curioso y animoso, que puede ser cruel pero también valiente. Una variedad distinguida del Hombre. □